

MIS RECUERDOS CON JUAN M^a APELLÁNIZ

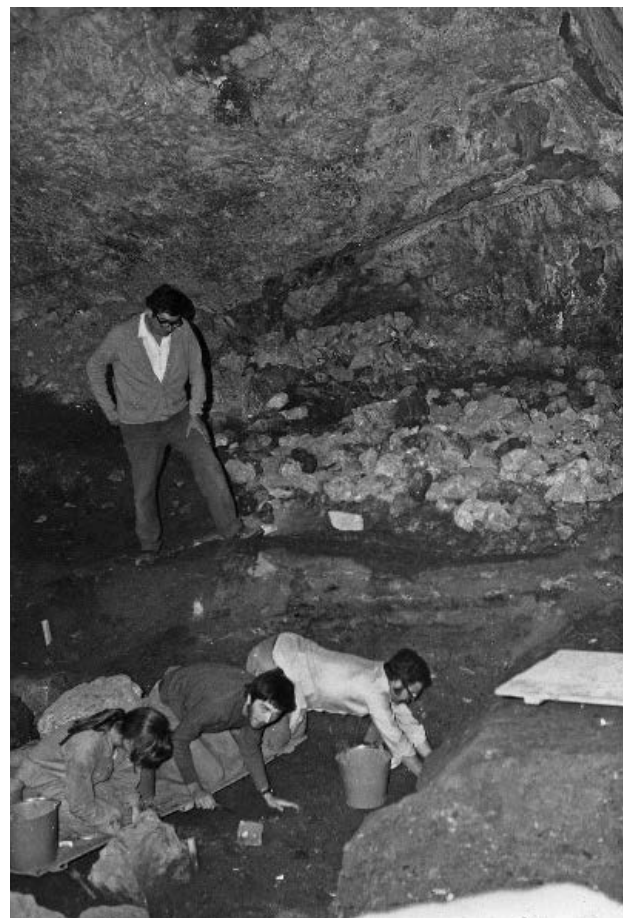
Aunque nunca pisé ninguna de las aulas en las que Juan M^a Apellániz impartió su docencia oficial me considero uno más de sus alumnos, es más, un alumno aventajado. La relación personal y afectiva que con él tuve ocasión de desarrollar, me permitió acercarme al mundo de sus trabajos científicos y por ende, al de la investigación, la metodología y la ciencia en general de una manera que, aunque imperceptible para mí, caía como una lluvia fina que con el tiempo iba dejando un poso de gran valor y que sólo visto con una perspectiva temporal, me permitió advertir con posterioridad de una manera consciente lo que Apellániz, Ape para los más cercanos, me había ido prestando con generosidad.

Todo comenzó a partir del descubrimiento de la Galería del Sílex realizado en noviembre de 1972 por el Grupo Espeleológico Edelweiss, grupo al que yo pertenecía. La Galería estaba integrada dentro del complejo de cuevas de Atapuerca y había permanecido intacta, sellada por una obstrucción accidental ocurrida a fines de la Edad del Bronce. Encerraba una gran riqueza de materiales pertenecientes a un periodo que abarcaba las fases prehistóricas recientes desde el Neolítico, y Apellániz quedó impresionado al conocer dicha Galería no dudando en calificarla como lugar sacratísimo y como santuario prehistórico. Conservaba entre otros aspectos, un gran número de restos humanos, algunos en simas, representaciones de grabados y pinturas parietales y un depósito de cerámicas neolíticas. Además se interesó por los materiales que el profesor Geoffrey Clark había obtenido de una cata que había realizado en el verano de ese mismo año en el Portalón de la Cueva Mayor de Atapuerca, vestíbulo de acceso a la Galería del Sílex.

Apellániz comprobó las relaciones que existían entre los materiales provenientes de la excavación de Clark y los que él manejaba y había obtenido en las excavaciones que había llevado a cabo en el yacimiento de Los Husos, por lo que interesado por tales relaciones, decidió ampliar los conocimientos que poseía sobre la población de este último yacimiento y establecer paralelos, acometiendo un proyecto de largo recorrido cuya base fueron las excavaciones arqueológicas en el Portalón de Atapuerca, contando con la colaboración del Grupo Edelweiss. Le había interesado de manera especial, la coexistencia en un mismo yacimiento de un lugar de habitación utilizado hasta el final de la Edad del Bronce por una población de

pastores junto con un excepcional santuario prehistórico subterráneo.

El año siguiente Apellániz comenzó a excavar en el yacimiento del mencionado Portalón de la Cueva Mayor, para lo que contó con la colaboración de un equipo compuesto por alumnos suyos de la Universidad de Deusto, iniciando así un conjunto de trabajos que se prolongaron, campaña tras campaña, hasta el año de 1983. Fue a



La excavación en el Portalón de Cueva Mayor en agosto de 1978

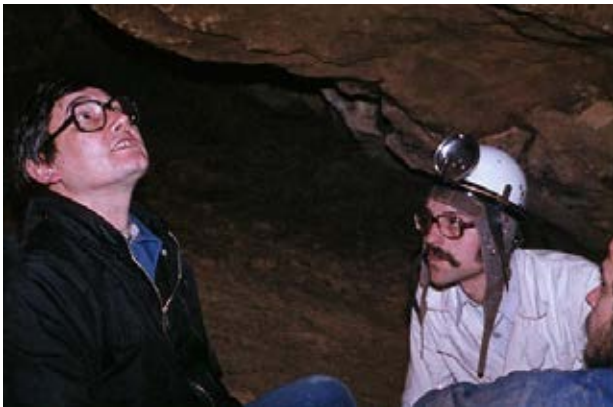
partir de la implicación de Apellániz con la Galería del Sílex y a lo largo de este periodo de trabajos arqueológicos veraniegos en el Portalón, cuando tuve la oportunidad de conocerle desde una perspectiva muy personal. Colaboré en la realización de los calcos de los grabados de la Galería y en especial del denominado Gran Panel, para la publicación que realizó junto con José Luis Uribarri; realicé los planos de los que él denominó “monumentos circulares” y participé entre otros trabajos en la recogida de los restos humanos que se encontraban en sus simas. Vinculado con su proyecto arqueológico, comenzamos a establecer una relación afectiva que constituyó la base para desarrollar y consolidar una amistad que se conservó e incrementó a lo largo de los años.

Recuerdo que en la Galería del Sílex tuvo una intensa experiencia que nunca olvidó, cuando debía bajar a una sima de la Galería para levantar unos restos humanos junto a la doctora Garralda. Durante su acceso fue evidente que el manejo de la escala no era una práctica para la que él se encontraba especialmente dotado. Con sus manos aferradas a la escala, las piernas por encima de su cabeza y girando sobre sí, obligó a los compañeros que lo aseguraban a realizar el gran esfuerzo de cargar con todo su peso para su bajada y sobre todo para su subida. Fue algo que ambos recordábamos en momentos recurrentes.

Por los años 80 y tras la recogida sistemática, que él me encargó, de los materiales arqueológicos que se encontraban depositados a lo largo de toda la Galería del Sílex, sin alteración alguna reciente desde el Neolítico hasta el Bronce Final y que llevé a cabo junto a

mis compañeros del Edelweiss, me propuso el estudio de tales materiales y, sobre todo, la valoración de su distribución a lo largo de la cueva durante las diferentes fases prehistóricas. Este trabajo constituyó la base de la tesina de licenciatura que llevé a cabo tras mis estudios universitarios, de la cual Apellániz fue su director, y que defendí en la Universidad de Valladolid en junio de 1986 con el título “Estudios sobre Atapuerca. Los materiales de superficie del santuario de la Galería del Sílex”. Durante su confección tuvimos la ocasión de incrementar las relaciones académicas y personales que, en las últimas fases del trabajo, enriquecíamos con mis numerosos desplazamientos de fines de semana desde Burgos a la Universidad de Deusto para tratar sobre los diferentes aspectos que se iban planteando, y acabar compartiendo mesa en su domicilio junto a su tía Araceli, miembro insustituible también, del equipo de excavación en Atapuerca durante muchas campañas como cocinera de dicho equipo en Ibeas de Juarros. Tras esta experiencia, me quedó la convicción de que no pude obtener una mayor formación académica, tanto de una manera teórica como eminentemente práctica como la que obtuve de la mano de tan magnífico director.

Posteriormente defendí la Tesis Doctoral en la Universidad de Burgos en enero de 2016 bajo la dirección de Juan José García González, catedrático de Historia Medieval de dicha Universidad, con el título “Camino burgaleses: Los caminos del Norte (siglos XV y XVI)”, en cuyo acto tuve la enorme satisfacción de contar con la asistencia de mi antiguo director de tesina, desplazamiento que le supuso un evidente esfuerzo personal, algo que, además de signifi-



En Ojo Guareña examinando grabados en marzo de 1979



En una sima de la Galería del Sílex levantando restos humanos con la doctora Garralda en mayo de 1979



El equipo de excavación de Cueva Mayor en agosto de 1981



Con los codirectores de las excavaciones de Atapuerca en julio de 2000

car un reconocimiento de nuestra cordial relación, fue una muestra de que seguíamos manteniendo un muy especial compromiso académico.

Apellániz estaba identificado claramente con la aplicación del método en todos aquellos trabajos que emprendía y sus reflexiones y cuestionamientos eran constantes. En sus intervenciones científicas era muy exigente aplicando siempre en ellas, de una manera rigurosa, el referido método. En las labores de excavación eran frecuentes las interrupciones cuando algún problema se presentaba, con el fin de debatir sobre el terreno entre el equipo, los diferentes aspectos que debían surgir sobre el problema presentado y plantear a través del debate y el razonamiento lógico sus vías de solución. En las actuaciones arqueológicas aplicó el sistema de excavación por lechos, algo de una extrema minuciosidad que, como él indicaba, consistía en la intervención precisa por unidades naturales de sedimentación, logrando con ello un mayor conocimiento del proceso y evolución del yacimiento y facilitando así el conocimiento detallado y el establecimiento minucioso de la secuencia de deposición de los materiales arqueológicos.

También tuve la satisfacción de participar en el equipo de apoyo de los trabajos que Apellániz llevaba a cabo sobre la atribución de autores de los grabados y dibujos correspondientes al arte prehistórico. A través de la ejecución que los miembros del equipo realizábamos de diferentes grabados de animales prehistóricos en las placas de hueso que él nos proporcionaba, pretendía estudiar los paralelos existentes entre autores actuales y los realizados en la Prehistoria.

Era un magnífico conversador como pude comprobar en los largos paseos que, tras las jornadas de excavación, realizábamos por los alrededores de Ibeas de Juarros. Fueron largas las charlas que con gran satisfacción ambos teníamos sobre los más diversos asuntos y, a través de ellas, me fue transmitiendo de manera imperceptible su espíritu crítico y pensamiento riguroso. Sus enseñanzas consistieron para mí una corriente de aire fresco que me producía una gran motivación, al provocarme la búsqueda de las diferentes respuestas de una manera lógica y deductiva, tras el planteamiento de constantes preguntas y propuestas sobre los más diferentes temas.

Disfrutaba además conociendo las tierras y paisajes de una Castilla que le causaba profunda emoción y que tenía de algún modo idealizada. Era un entusiasta lector de Miguel Delibes que para él, era el escritor que mejor reflejaba la esencia de esa Castilla que él tanto admiraba. En las campañas que se llevaban a cabo en los meses de agosto en Atapuerca, los domingos, que eran los días libres y no se excavaba, realizábamos excursiones que me encargaba de organizar, para que con los miembros de su equipo se pudie-



En Burgos en la defensa de mi tesis

sen visitar diferentes monumentos, pueblos y lugares de la provincia de Burgos relevantes como Santo Domingo de Silos, Covarrubias, Quintanilla de las Viñas, la ciudad romana de Clunia, Peñaranda de Duero, Sasamón, Castrojeriz, San Pedro de Arlanza, Lerma, Poza de la Sal, Oña, y un largo etc.

Fue un activo defensor del Patrimonio histórico-artístico además de un gran amante de la Cultura clásica, el Arte y la Historia, algo que era la consecuencia, según él indicaba, de una fuerte admiración por el conocimiento en general. En el ciclo de Exposiciones que bajo el programa de las Edades del Hombre, se realizaban en distintas localidades de Castilla y León, tuvimos la ocasión de visitar varias de ellas en las que pude disfrutar junto a él y comprobar, la gran satisfacción que le ocasionaba la contemplación de las diferentes piezas históricas y artísticas de arte religioso. Tras las visitas surgían cálidos debates sobre los temas tratados en dichas exposiciones, en los que se hacía presente en todo momento el alto conocimiento que poseía sobre las diferentes fases artísticas y sus características.

Cuando me obsequió con una publicación realizada en 1990 en la que él participó, me ofreció una dedicatoria entrañable que por sí sola resume lo que ambos sentíamos sobre una relación que mantuvimos constante hasta su fallecimiento:

“Recuerdo en este momento los días de Atapuerca, las primeras palabras, la amistad naciente. Recuerdo las caminatas por Burgos, las conversaciones políticas, el afecto creciente. Recuerdo las discusiones sobre el arte, el País Vasco y los libros y, de repente, todo convertido en un sentimiento de fraternidad y frescor”.

Salvador Domingo Mena

